

CUATRO ENTIERROS, UN MISMO CUERPO

El hastío: Sobre Pablo Neruda.

Por Isabel D'Amico

QUIASTOLITA

"Tal vez no viví en mí mismo, tal vez viví la vida de los otros"

"Mi vida es una vida hecha de todas las vidas: las vidas del poeta "

Quizás tu colección olvidó mostrar una quiastolita, piedra mágica que, entre sus propiedades, facilita viajar fuera del cuerpo. A veces, vivir intensamente pareciera vivir otras vidas.



Isla Negra -27 Abril de 2016

Todas te esperábamos ansiosas, La Medusa, Guillermina, la sirena Victoria, María Rapa Nui, la Venus Cabalgante y yo, tu pequeña María Celeste. Te sabemos complacido de regreso a tu tumba. Es curioso, la duda de tu muerte te empujó de nuevo a la vida. Y, a pesar de tus deseos, no estabas en condiciones

de resistirte. Muchos años antes lo supiste, tu lugar en el mundo era en esta casa, un poco barco, un poco tren, con la mirada al océano, aun bajo tierra.

Tres años fueron necesarios para cumplir la ceremonia del cuarto entierro. Años alejado de tus pipas, de los escarabajos inquietos, del bar pintado con botellas de colores sedientas, de las mujeres sepias y sensuales, pegadas en el baño de



hombres. Te esperaron el tablón donde escribías- puerta de algún barco hundido- el lomo de los caracoles en la entrada, incrustados sobre el cemento, dispuestos en espiral de caricias para las plantas de los pies amigos. La colección de mariposas en vuelo, los hemisferios, las copas y las tazas, el caballo gigante de madera de la infancia, el ventanal devorador de soles donde acostaste tu cama. Y, en especial, Mathilde.

Y la Campana.

Pero ya estás de vuelta, Pablo, aunque la duda acerca del accionar cívico militar puja en la memoria de la verdad.

YO ACUSO

Todos tus mascarones guiamos el regreso a la tierra de la Isla Negra, que no es isla ni es negra.

Estabas enfermo, pero no para morir. Entonces, te enteraste del asalto militar a "La Moneda". Fue un aluvión de colores sin pigmento, de grises y desfiguradas: la ráfaga de metrallera que recibió tu amigo, los detenidos, la dolorosa derrota de la izquierda, cuya causa compartiste desde joven. Esa noche dormiste con una fiebre muy alta. El médico le recomendó a Mathilde que te trasladara a Santiago.

Siendo cónsul, recorriste los países más recónditos, pero la Guerra Civil española marcó tu compromiso político y social. Como senador, en el 45, luchaste sin descanso contra la la miseria. Después de pronunciar un discurso en el Senado – “Yo Acuso”,- te desterraron por algunos años, en un eco casi calcado del Caso Dreyfus. Te involucraste a pleno con el Partido Comunista de Chile. Y tanto creció tu participación que, en 1970, te nombraron candidato a la presidencia. En principio aceptaste, pero preferiste renunciar a favor de tu amigo Salvador Allende. Era la primera vez que un partido comunista accedía democráticamente a la presidencia de un país latinoamericano. Te designaron embajador de Francia. Y aun en medio de la agitación diplomática, tu obra literaria cabalgaba a la par de las obligaciones políticas. Incansable, montabas tus letras en espíritus libres. Numerosos, los reconocimientos literarios se sucedieron hasta obtener el premio Nobel.

LA PRISA DE TU ADIÓS

Dos semanas después del golpe, el 23 de Septiembre de 1973, llegó tu muerte. Mientras estabas internado en la clínica, el embajador de México te transmitió la invitación del presidente para recibirte en su país, como lo había hecho con decenas de refugiados, entre ellos, familiares de Allende. Tus valijas y las de Mathilde estaban dispuestas en la embajada, todo se encaminaba al exilio, pero jamás viajaron.

Un médico solicitó a Araya, tu chofer, que saliera a comprar un medicamento. Sin embargo, unos carabineros lo siguieron y le propinaron una paliza antes de abandonarlo en una comisaría. Finalmente, lo llevaron al Estadio Nacional, donde fue torturado. Él aseguró que los militares te inyectaron una sustancia letal en la clínica.



El velatorio fue en tu casa de Santiago, “La Chascona”. El patio de entrada estaba inundado, el jardín lleno de escombros, papeles, libros quemados y vidrios rotos. Sin luz dentro de la casa, la despedida fue alumbrada a velas. Los militares habían allanado el lugar días antes. Algunos dijeron que solo te adornaron con dos rosas blancas que parecían haber sido cortadas de prisa. Pinochet no pudo frenar a la gente agolpada en tu funeral, no hicieron falta más rosas, el perfume de tu pueblo te coronó.

Fuiste enterrado en el mausoleo de la familia de Adriana Dittborn, pero las hermanas de la escritora pidieron el traslado. Y el 7 de mayo de 1974, a menos de un año de tu primer funeral, te llevaron a un discreto nicho en el mismo cementerio.

Con la vuelta de la democracia a Chile, en 1992, tu cuerpo y el de Mathilde fueron exhumados de sus tumbas en el Cementerio General y trasladados a Isla Negra. Así se cumplió el deseo de los dos.

En 2013 te llevaron de nuevo, con el propósito de determinar las causas de tu muerte. Tres años pasaron, tres tediosos años, lejos de la tumba elegida, del descanso en paz.

TINTA ROJA

Dicen no haber encontrado nada. Conociéndolos, la duda tiene

certeza, con o sin jeringa buscaron envenenar tu tinta.

“Podrán cortar todas las flores, pero no podrán detener la primavera “. Qué extrañas formas toma la prestigiosa estación cuando un cuerpo busca su singular territorio. Qué extraño agite de raíces y de cimientos será necesario para que aprendamos a dejar morir a cada quien en su ley.



Sobre el banco del hastío, se sientan las muertes sin consuelo. Todas buscan descansar al fin, en tachos, fosas o ancladas en el mar. Siguen ocultas, boquean el deseo de ocultar sus restos en otro lugar. Los verdugos, viejos vivos, trenzan el secreto con la desmemoria. Pero, en sus lenguas, laten los nombres que los ahogarán.

En otro banco, en el reverso del hastío también hay voces: de hijos, de madres. Acompañan, acarician con angustia, aunque nunca abandonan. Un sueño colectivo hace eco, allá y acá: pide un solo desentierro. Uno solo, nada más.

Fuentes consultadas: Monografía de Matías Pavesi – B.B.C Mundo - El Heraldo de Concordia-Telesur – El Patagónico